

Felipe Burbano / Carlos de la Torre

El populismo en el Ecuador

Alfredo Pareja Diezcanseco

George Blanksten

Agustín Cueva

Pablo Cuvi

Oswaldo Hurtado

Rafael Quintero

Amparo Menéndez-Carrión

Lautaro Ojeda

Iván Fernández - Gonzalo Ortiz

John D. Martz

Amparo Menéndez-Carrión

Jorge León



320.58
B891P
EJ.2



BIBLIOTECA - FLACSO - E C
Fecha: _____
Compra: _____
Proveedor: _____
Canje: _____
Donación: _____

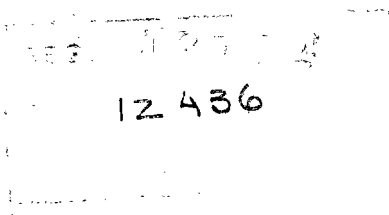
Es una publicación del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales,
ILDIS,

© ILDIS, 1989

1ª Edición, Septiembre/1989

Diseño y Diagramación:
Grupo Esquina editores-diseñadores, S.A.

ILDIS, Av. Colón 1346, Telf.: 562-103, Casilla Postal 367-A
Quito, Ecuador



Las opiniones vertidas en este libro son de exclusiva responsabilidad del o los autores, y por lo tanto, no representan el criterio institucional del ILDIS sobre el tema.

CONTENIDO

Presentación	9
SECCION I	
Reflexiones sobre el estudio del populismo en el Ecuador	13
I. Introducción al concepto de populismo	13
II. Velasquismo y populismo	27
III. La continua vigencia del populismo en el Ecuador	51
IV. Preguntas para futuras investigaciones	58
SECCION II	
Antología de textos sobre populismo	67
1. <i>Populismo o Velasquismo</i>	
Teoría y práctica del conductor conducido, Alfredo Pareja Diezcanseco	71
Ecuador: Constituciones y caudillos George Blanksten	99
El Velasquismo: ensayo de interpretación Agustín Cueva	113
¿Caudillismo o populismo? Pablo Cuvi	147
Populismo y carisma Osvaldo Hurtado	173
El mito del Populismo Velasquista y la consumación del pacto oligárquico	

Rafael Quintero	199
Hacia una interpretación de la naturaleza del comportamiento electoral urbano en contextos de precariedad estructural: Propuesta para el caso de Guayaquil	
Amparo Menéndez-Carrión	261
Discursos políticos	
Lautaro Ojeda	285
2. <i>La continua vigencia del populismo en el Ecuador</i>	
Crisis económica, pobreza urbana y populismo	
Iván Fernández y Gonzalo Ortiz	307
La expresión regionalista del populismo. Guayaquil y el CFP, 1948-1960	
John D. Martz	323
Estructura y dinámica de la articulación electoral en las barriadas de Guayaquil, 1949-1978: El nivel local	
Amparo Menéndez-Carrión	351
Clientelismo y política en sectores urbanos	
Jorge León	455
SECCION III	
Bibliografía sobre el populismo en el Ecuador	471

¿Caudillismo o Populismo*

Pablo Cuvi

*. Capítulo V del libro *Velasco Ibarra: el último caudillo de la Oligarquía*. Instituto de Investigaciones Económicas. Universidad Central del Ecuador, Quito, 1977.

En su precipitada versión de la Conferencia de Guayaquil y refiriéndose a la narración de Bartolomé Mitre, Velasco plantea la ruptura típica de la historia liberal, que se expresaría en la diferencia entre los hechos históricos reales y su interpretación posterior. Según Velasco, en un primer momento Mitre narra la verdad de los hechos, en un segundo los tergiversa. Para nosotros, Mitre –colaborador de Sarmiento en la masacre de las montoneras del interior argentino– en el acto mismo de narrar los hechos ya los está distorsionando de acuerdo con su ideología y con los intereses que defiende. Exactamente lo mismo acontece en la narración que hace Velasco de su actividad política y de los hechos históricos en general. Por esta razón se dice que los hombres hacen la historia hacia adelante y también hacia atrás.

La ideología burguesa impuso la creencia de que la historia era una serie cronológica de hechos aislados, realizados generalmente por individuos notables –esa es “la verdad de los hechos”– a quienes, en determinados casos, acompañaba el “pueblo” como un tono unívoco. En la primera parte analizamos el mecanismo ideológico destinado a hacer aparecer los intereses de la burguesía como los intereses generales. Aquí nos interesa rescatar el objetivo de la ciencia de la historia y la importancia que tiene el estudio del velasquismo en el momento actual.

El triunfo de la burguesía liberal produjo una relectura de los hechos y una reescritura de la historia: basta comparar a Juan de Velasco con Oscar Efrén Reyes para comprobarlo. La nueva clase necesitada de un mundo hecho a su imagen y semejanza: el capital adquirió los atributos divinos y se volvió natural, eterno e inmutable. Hoy, el avance de la clase obrera nos obliga a realizar una lectura objetiva del proceso so-

cial. Si la verdad es revolucionaria, no existe ninguna necesidad de tergiversar los hechos históricos. Al contrario, se trata de descubrir el proceso real de la sociedad ecuatoriana, no simplemente para modernizar su interpretación, sino para colaborar en la transformación de una sociedad dividida en clases en una sociedad socialista. Ese es, en definitiva, el objetivo del análisis histórico.

Lo anterior nos lleva a plantear el estudio desde otro ángulo: ya no se trata de buscar la realidad oculta a partir de lo que Velasco dice en la entrevista y en sus escritos, ni de cotejarlos con los hechos históricos para demostrar las evidentes distorsiones de su discurso. Las ideas y las acciones de los individuos pueden ser importantes, mas nunca son determinantes. El trabajo consiste ahora en responder a una serie de preguntas del tipo siguiente: ¿qué significó el velasquismo? ¿por qué apareció, qué peso tuvo en el subdesarrollo del país y por qué duró más de cuarenta años?, ¿qué importancia tienen factores como la débil industrialización y el régimen oligárquico en ese proceso?, etc.

En síntesis, se trata de enmarcar el velasquismo en el desarrollo del capitalismo ecuatoriano con el objeto de ayudar a esclarecer la situación presente y las tendencias futuras del sistema. Es evidente que el proyecto implica un largo y profundo estudio de nuestra sociedad, y del velasquismo en particular. Existen, por ahora, ensayos parciales que utilizaremos como punto de partida, con una pequeña aclaración. En general, el material sobre el que se trabaja influye en el método de su análisis. La entrevista que es el centro de esta publicación nos obligó a seguir el camino viejo, es decir, a basarnos en el discurso del caudillo y a conceder mayor importancia a los factores ideológicos. Sin embargo, el hecho mismo de analizar la apariencia del fenómeno determinó la necesidad de elaborar un esquema histórico a partir de las relaciones de producción. La investigación demostró la correspondencia entre la ideología católico-liberal de Velasco y la ideología dominante, y entre su moral política práctica y la crisis de hegemonía del sistema.

El resultado obtenido plantea un problema inquietante: la diferencia cualitativa que se observa entre el velasquismo—visto por ahora a través de su líder— y los populismos sudamericanos, cuyo ejemplo típico es el peronismo. No se trata simplemente de una comparación de orden académico-deportivo destinado a buscar el membrete adecuado

para el velasquismo. Como veremos luego, el problema gira alrededor de las relaciones de producción, de la lucha de clases y de la industrialización, factores que determinan el desarrollo de la burguesía industrial y de la clase obrera y ante los cuales el aspecto ideológico y la personalidad de los líderes pasan a segundo plano. No obstante, el análisis ideológico de la entrevista y el hecho de que la gran mayoría de las interpretaciones sigan el camino tradicional nos llevan a realizar primero una breve crítica de los ensayos más significativos sobre el tema, empezando por uno de esos gringos que nos envía el Imperio para que nos expliquen, en inglés, la causa de nuestros sufrimientos.

La democracia ideal frente al caudillismo de Indias

Entre los múltiples técnicos norteamericanos que arribaron al país cuando Mr. Galo Plaza se empeñaba con éxito en convertir al Ecuador en una dependencia de la United Fruit, llegó el día Mr. George Blanksten, un profesor de ciencias políticas muy interesado en descubrir por qué los indios ecuatorianos no podíamos vivir democráticamente. Luego de recorrer el país abusando de la ingenua hospitalidad de los campesinos y de los archivos reservados a los cuales sólo ellos tienen acceso, Blanksten retornó a los Estados Unidos, donde publicó el resultado de su investigación.¹

En la “Advertencia” del libro, un colega destaca la importancia del estudio comparativo de los sistemas políticos como método para superar la ignorancia respecto de América Latina. Estamos en 1950. Estados Unidos es ya la potencia hegemónica del capitalismo mundial y sus relaciones de dominación con estos países empiezan a modificarse: el capital multinacional está interesado en la inversión industrial. Para ello, a nivel político, necesita modernizar y racionalizar el funcionamiento de los Estados dependientes. El modelo ideal no es otro que la democracia del Norte.

Surge entonces la Teoría del Desarrollo. Mr. Rostow descubrirá a poco las cinco etapas que deben transitar los países subdesarrollados para alcanzar el nivel del arquetipo. Obviamente se trata del camino re-

1. George Blanksten, “Ecuador, Constitutions and Caudillos”, University of California Press, 1951. La traducción de las citas que vienen a continuación es nuestra.

corrido por los países capitalistas desarrollados. El take-off (despegue) se produce cuando el producto interno bruto supera el 10% de crecimiento anual (tercera etapa). Obviamente también, Rostow pasa por alto el hecho de que el desarrollo de esos países se hizo a costa del subdesarrollo y de la explotación de nuestros pueblos, razón por la cual su modelo, a más de ser falso, es tendencioso y destinado al fracaso.

De una manera similar se plantea el estudio comparativo de los sistemas políticos. El dólar está en su apogeo, los muertos de Corea refuerzan el macarthismo y la democracia yankee es el mayor y último logro de la humanidad. Entonces, el modelo se opone por un lado a las dos variantes del “totalitarismo”: el fascismo y el comunismo, maquiavélicamente agrupados bajo esa categoría; y por el otro, a los pueblos que están saliendo de la barbarie y cuyos sistemas—por ejemplo, la “monarquía”—son anteriores al tiempo del parlamentarismo.

No interesa refutar aquí el absurdo camino a la libertad que defiende Mr. Blanksten. Lo que importa es revisar su definición y explicación del caudillismo—fenómeno en el cual incluye a Velasco—por cuanto algunos de sus planteamientos son compartidos por los grupos más retrógrados del Ecuador, y otros describen hechos reales interpretados a su manera.

El Capítulo III, *Political Instability in Ecuador*, lleva el título del asunto que más le preocupa: la inestabilidad política del Ecuador. Para Blanksten, el problema surge del acoplamiento de los patrones culturales de los indios con los patrones de los españoles. Ese acoplamiento se da por cuanto los dos pueblos creen en el derecho divino de los gobernantes, creencia que les lleva a la aceptación del autoritarismo. Además, porque la *tradición indoamericana de sumisión y obediencia* (Mr. Blanksten no escuchó jamás la historia de los Araucanos, de Manco Inca y Cahuide, de Rumiñahui, Daquilema y Túpac Amaru) se complementa con el desdén del caballero al trabajo manual. De allí nace la intuición de la monarquía. En definitiva, los factores ideológicos—patrones culturales en su lenguaje—determinan los sistemas políticos y las relaciones sociales de producción.² A partir de ellos, el técnico ha des-

2. En esta visión se basa una receta típica de los demócratas: primero hay que educar al indio, prepararlo culturalmente para el ejercicio de la democracia.

cubierto la clave del dilema: hasta mediados del siglo XX el Ecuador es en realidad una monarquía.

Con ese antecedente ya no puede sorprendernos la definición que da a continuación: “Se llama caudillo al monarca con ropaje republicano que continúa la tradición monárquica del Ecuador”. Sin embargo, la sucesión monárquica no está legalizada formalmente. Por ello, “el caudillismo emerge del medio ambiente cultural, espontánea y caótica-mente, como un método de selección de los gobernantes *naturales*”. Con tres plumazos el demócrata ejemplar nos ha situado en el corazón de la barbarie y ha proporcionado la justificación para la intervención yan-ky: un pueblo como este sólo puede ser conducido a la democracia por la fuerza. (Así concebía el problema la Junta Militar impuesta por la CIA en 1963).

Por plantear el caudillismo en términos culturales, naturales e individualistas, Blanksten no puede superar la apariencia del fenómeno. Así, cuando anota correctamente que el caudillo es producto de una lucha constante por el poder al interior de la clase dominante (*a constant intra-class struggle for power... within the ruling class*) inmediatamente nos dice que el enfrentamiento se da, primero, a nivel de rivalidad personal, luego, de regionalismo y en tercer plano por diferencias ideológicas. Los factores económicos que determinan la lucha de las fracciones dominantes, como era de esperarse, no aparecen en escena. En definitiva, la historia del país es producto del odio personal entre Urbina, García Moreno, Alfaro y Plaza, a pesar de que los cuatro son costeños y tres de ellos “liberales”.

No obstante, el autor describe algunos aspectos interesantes del caudillismo, por ejemplo, que este “vive en relación simbiótica con el militarismo... una gran fuerza en la vida nacional ecuatoriana”. De allí que el caudillo, a más de ser inteligente y de verse a sí mismo como indispensable, sea generalmente un militar. El caudillismo y el militarismo son, en realidad, la norma orgánica de la forma de vida republicana; la aplicación de las constituciones escritas es la excepción.

Este hecho le lleva a diferenciar entre constitución escrita y constitución “real”. Esta puede ser definida como: “el sistema existente de relaciones de poder que opera al interior de un Estado”. Entre los princi-

pios de la constitución “real” del Ecuador, anota que sólo el 15% de la población participa políticamente y controla el poder público. Se trata del grupo de los “blancos”. (Mr. Blanksten diferencia a las clases sociales por el color de la piel, pero sus observaciones en el terreno le obligan a utilizar las comillas. La ideología imperialista y la ambigüedad de su método no le permiten ser riguroso ni siquiera a nivel de las apariencias). El séptimo principio —en nuestra opinión el más real— consiste en que: “El sistema político es mantenido por instrumentos de poder tales como la propiedad de la tierra, la iglesia católica, las fuerzas armadas, la distribución clasista del alfabetismo, y en menor grado, las leyes de la república”.³

En conclusión, las constituciones escritas no tienen relación con las “reales”. Este desfase explicaría las innumerables “revoluciones” —definidas como cambios inconstitucionales de gobierno— y el loco afán de los doctores urbanos —a quienes Blanksten compara justamente con los brujos indígenas— de solucionar la crisis con nuevas constituciones que no corresponden con la realidad. En ese nivel de análisis su crítica es correcta. Sin embargo, la explicación radica en otros factores: la crisis del Estado oligárquico que se inicia a principios de los 20, y que todavía no ha sido resuelto definitivamente, vuelve imposible el funcionamiento de una constitución a largo plazo por la sencilla razón de que la clase dominante no tiene ningún proyecto real del Estado que pretende legalizar.

Un caso de estudio

A continuación Blanksten realiza una breve descripción del segundo gobierno de Velasco Ibarra, definido como “un estudio de caso del caudillismo”. Fiel a su método, plantea la “conspiración” que se inicia en diciembre de 1943 como una cuestión de rivalidad personal. Para ello cita la respuesta que le da Arroyo del Río en una entrevista personal: “yo odiaba a Velasco Ibarra, yo sabía que si él llegaba a la presidencia, arruinaría el país”.

3. Aquí Blanksten se anotó un punto indiscutible. Si abandonaba el mito monárquico y relacionaba esos y otros instrumentos de poder con las clases sociales podía haber encontrado una interpretación menos tendenciosa del caudillismo.

Luego describe a Velasco como un “caudillo menor” cuyo pensamiento, basado en el individuo, rechaza el comunismo y el fascismo. (Recuérdese la oposición: democracia-totalitarismo). Su forma de gobierno es una democracia adaptada a los “blancos” y orientada a la construcción, por parte del Estado, de obras públicas y de ‘caminos para la libertad’. Sin embargo, y esta es una contradicción que ya analizamos en la primera sección, “Velasco Ibarra cayó inevitablemente en el exasperante dilema de muchos otros liberales latinoamericanos: el demócrata “opuesto a la intervención del Estado” debió embarcarse en un programa de intervención estatal de una magnitud sin precedentes en orden a establecer un ambiente conducente a la libertad”.

Para nosotros, la contradicción entre teoría y práctica no es patrimonio de los liberales. De allí que, sin tergiversar la visión de Blanksten, podemos permutar “capitalismo desarrollado” por “libertad” y anotar que desde los años 20 los Estados latinoamericanos se vieron obligados a incrementar su intervención para impulsar el desarrollo del capitalismo dependiente. Ya veremos qué papel jugó Velasco, cuya política económica no conducía ni siquiera a esa “libertad”.

Finalmente, el autor apunta tres hechos que demuestran la debilidad de Velasco como caudillo: no pudo atraerse el apoyo seguro de los líderes de los partidos políticos; no pudo solucionar el problema del regionalismo (la lucha interna de la clase dominante diríamos nosotros) y, no siendo militar, no podía controlar las fuerzas armadas. Anotemos en favor de Blanksten que esas deducciones, obtenidas luego del segundo velasquismo, conservarían su validez más tarde.

En síntesis, Blanksten interpreta el velasquismo a través de su original definición del caudillismo, término que toma de la historia nacional para convertirlo en sinónimo de monarquía disfrazada. Su método descriptivo parte de los “patrones culturales” y de las apariencias políticas y no supera ese nivel. Si bien reconoce fenómenos políticos importantes, tales como la ruptura entre la estructura de poder real y la democracia formal, ruptura que desemboca en soluciones caudillistas o militaristas, su ideología imperialista proporciona elementos “científicos” para un típico argumento de la burguesía criolla: “nuestra crisis es producto del mestizaje de una raza de esclavos con una raza de vagos, este pueblo no está apto para la libertad. ¿Por qué el Gran Dios no per-

mitió que nos conquistara Sir Frances Drake o Sir William Right, hijos de una cultura rubia buena para el trabajo y para la masacre de indios?”. (De esa manera los técnicos inofensivos preparan el camino para la penetración de la “democracia” norteamericana). Por último, las características que anota respecto a la personalidad del caudillo son una aplicación mecánica del esquema de Max Weber sobre el líder carismático y tienden a centrar la explicación en los aspectos psicológicos “originales” del caudillo, ocultando la lucha de clases.

Un texto sin contexto

En la revisión de algunas interpretaciones del velasquismo nos tomamos con otro trabajo que se dejó atrapar por la personalidad y por el discurso del caudillo y que no logró —o no se propuso— dar una explicación socio-política del caudillismo: nos referimos al estudio de Lautaro Ojeda.⁴ Sin embargo, por tratarse de una tesis de grado realizada en la Universidad Católica de Lovaina, a la cual el autor no ha deseado conceder mayor difusión, limitaremos las observaciones a los aspectos más generales.

Uno de los tres autores en los cuales Ojeda declara haberse inspirado es justamente Blanksten, pero en el estudio no aparece ninguna crítica a su concepción. Eso puede explicar algunas de las debilidades del trabajo. No obstante, la nueva definición del caudillismo como “fruto de una realidad económica social desarticulada, constantemente crítica, conjugada con una fuerte personalidad”, indica otro camino de investigación, aunque los puntos que el autor dice haber dejado de lado, tales como el análisis de las clases sociales y de su lucha política (no menciona siquiera la estructura económica), son para nosotros la clave del fenómeno. Su ausencia determina que el estudio se quede en el aire y que al final no sepamos dónde encajar la supuesta “cosmovisión trágica” de Velasco, ni entendamos cómo un existencialista que terminó respetando a Marx pudo gobernar cinco veces este país, a pesar del buen análisis que realiza Ojeda de la estructura de los discursos “lindos” de Velasco.

4. Lautaro Ojeda. “Mecanismos y Articulaciones del Caudillismo Velasquista”, Junta Nacional de Planificación, Quito, 1971.

Teóricamente, esa ambigüedad es producto de la falta de una teoría social que abarque el fenómeno en su totalidad. Metodológicamente, del uso indiscriminado de algunas categorías arrancadas de dos métodos diferentes e integradas artificialmente. Se trata del estructuralismo genético de Goldman, del cual Ojeda saca las categorías de “cosmovisión” y “visión trágica”; y de los análisis estructurales de Barthes, de quien toma el “lenguaje objeto” y el “metalenguaje”. Pero no interesa entrar aquí en una discusión sobre el estructuralismo. Más importante es anotar que el hecho mismo de partir de “Le Dieu Caché”, libro en el cual Goldman analiza la cosmovisión de Pascal, filósofo francés del siglo XVII, limita profundamente y determina el resultado de la investigación. Si se plantea que Velasco tiene una visión trágica de la vida, lo único que se puede demostrar es que Velasco tiene una visión trágica de la vida.⁵

Para evitar ese aislamiento, cuando estudiamos la ideología de Velasco planteamos su correspondencia con la ideología dominante y no con cualquier tendencia predeterminada de pensamiento. Así descubrimos el amalgamamiento *histórico* de las doctrinas que expresaban la conciencia social de dos fracciones de la clase dominante. Los elementos trágicos del discurso velasquista pueden explicarse a partir de esa matriz y del proceso social. El camino inverso no tiene destino.

El propio autor reconoce la limitación de su trabajo cuando anota que para Goldman el texto solamente es comprensible a través de su relación dialéctica con el contexto o grupo social. Sin embargo, por falta de material, tiempo y equipo, decide “quedarse con los textos”, advirtiendo que la descripción de la realidad ecuatoriana efectuado en la primera parte es incipiente. De esa manera abandona a Goldman y al contexto social.

Una vez demostrada la visión trágica presente en las obras teóricas de Velasco, cuyas características son la paradoja, la muerte y la soledad, Ojeda trata esa visión como el “lenguaje objeto” que va a sufrir un “pro-

5. Algo parecido, aunque más superficial, realiza Eloy Morán cuando plantea seis categorías que según él definen a la ideología fascista y demuestra obviamente que Velasco es fascista. Con categorías ad hoc no sería difícil demostrar que Velasco es pragmatista, cínico, o inclusive, socialista. Eloy Morán, “Estudio Sociológico de Velasco Ibarra”, Revista Economía N° 66, Universidad Central, Quito, 1976.

ceso de mitificación” en los discursos políticos dirigidos a diferentes tipos de audiencia, suponiendo que Velasco convierte en mitos los elementos universales de su cosmovisión. Ello implicaría en buena lógica que en un momento anterior al discurso esos elementos no son todavía mitos sino “objetos” y que Velasco es un “sujeto” creador de mitos. Ojeda lo corrobora cuando afirma que Velasco “el sujeto activo de los discursos... es él quién efectúa una constante evacuación de la realidad en las universalizaciones que utiliza”. Ahora nos explicamos por qué no eran indispensables el proceso de producción ni la lucha de clases y por qué el autor no pudo superar la personalidad del caudillo: el sujeto resulta ser el factor más importante del fenómeno mítico.⁶

Finalmente, en el análisis de la estructura de los discursos de Velasco —que es la mejor parte de la investigación— se anotan algunos mecanismos que hacen más efectiva la comunicación con la audiencia: Velasco atribuye al auditorio los valores *buenos* y a la oposición los valores *malos*, creando un clima afectivo que permite un momento de comunión, que se simboliza en un *don* material o en una promesa, y un momento escatológico en que el auditorio comulga con él en un futuro ideal. En definitiva, la comunicación se produce a nivel de los mitos, punto en el que estamos de acuerdo siempre que se enmarque esta categoría en el proceso ideológico de la sociedad.

En conclusión, Ojeda no supera la visión personalista del caudillismo que nos diera Blanksten, ni logra relacionar la ideología de Velasco con el proceso social. Sin embargo, deja planteada la necesidad de estudiar el contexto. De allí que, luego de comprobar que ni el funcionalismo norteamericano ni el estructuralismo europeo —que pretendieron sobrepasar la visión liberal de la historia— pueden explicar el velasquismo, llegado es el momento de buscar en la otra orilla.

Hacia una sociología materialista

Cuando Agustín Cueva regresó al país con su flamante cartón de sociólogo, la gente se preguntaba para qué, pues, en estos tiempos, al-

6. Refutando esa concepción de la ideología, Mattelart apunta que los mitos no son la construcción abstracta de un individuo o de una clase, sino que están íntimamente relacionados con un modo de producción. Por ello, no puede hablarse de creación de mitos por la clase dominante, sino de administración. op. cit., p. 23.

guien se va a París a estudiar astrología. Eran los años sesenta y las grietas de los viejos Ministerios, que empezaban a cambiar de nombre, se llenaban de kikuyo. La Economía del Desarrollo era la ciencia que todo lo explicaba. Los socialistas de la vieja guardia hacían romerías a Ambato a observar maravillados como las uñas de Juan Montalvo conservaban su eterna vitalidad para luchar contra el pasado feudal, y ahora, gracias a ciertos esmaltes y recortes, contra el futuro socialista. Pero inexplicablemente ninguno se había tomado la molestia de analizar rigurosamente el movimiento político más importante de una larga etapa de crisis: el velasquismo. Los pocos trabajos de interés sobre el tema se movían “entre la ira y la esperanza” de la intelectualidad pequeño-burguesa. En ese contexto Cueva escribió “El Velasquismo: Ensayo de Interpretación”.⁷

La orientación materialista de dicho ensayo abre un nuevo camino a la investigación, camino que estamos empeñados en seguir. Por ello, la crítica debe tomarse como una necesidad común de profundizar en la comprensión de la realidad. Brecht decía que criticar un río es construir un puente. Habría que agregar que ese puente se construye de a poco y en conjunto, y que sólo el movimiento obrero organizado permite avanzar coherentemente en el sentido de la historia. El mismo Cueva anota que esa es “la condición social de producción” de la teoría.

En pocas palabras, el gran mérito del trabajo consiste en plantear el problema en términos de clases sociales y de lucha política; su defecto, en no tocar la base económica —entendida como la articulación contradictoria de las relaciones de producción con las fuerzas productivas y no como una serie de indicadores socio-económicos—, base que determina a las clases sociales y al tipo de Estado, otro punto ausente del análisis. De allí que su lectura deja en el fondo la misma impresión de incertidumbre: no se alcanza a comprender sobre qué bases luchan los diferentes grupos, ni cuáles son sus intereses económicos y sus proyectos políticos respecto principalmente al Estado. Por eso, a pesar de la intención del autor, nuevamente la personalidad de Velasco y los aspectos ideológicos aparecen aquí como factores casi determinantes del caudillismo.

7. Agustín Cueva, “El Proceso de Dominación Política en Ecuador”, Ed. Crítica. Quito, 1973.

Ahora bien, debemos aclarar que la crítica se refiere a un texto de 1970 que el propio Cueva ha superado como puede comprobarse en un ensayo teórico publicado en 1974.⁸ Sin embargo, en nuestro medio, donde su “Proceso de Dominación” y “Ecuador: pasado y presente” – original recopilación de análisis mecanicistas, desarrollistas y marxistas – son los libros de cabecera sobre realidad nacional, y donde la crítica cae atrapada por las oposiciones amistad-elogio-rivalidad política-insulto, es de pesar que todavía no haya revisado sus trabajos prácticos.

Abandonemos por ahora los aspectos generales que sitúan su ensayo para retomar un punto de nuestra búsqueda: la forma y el contenido del velasquismo. Al respecto, Cueva introduce con comillas el término “populista”. Y son justamente las comillas el motivo de nuestra inquietud, ya que en otros párrafos habla indistintamente de populismo caudillista, de caudillismo populista o de caudillismo a secas, ambigüedad que indica el reconocimiento implícito de las serias diferencias entre el velasquismo y los populismos sudamericanos. (Decimos implícito por cuanto no encontramos una caracterización del populismo ni una comparación con el velasquismo).

Ya anotamos que la discusión no es deportiva: se refiere a dos formas diferentes de dominación política que corresponden en Sudamérica a dos etapas del desarrollo del capitalismo. En realidad el autor –y allí estamos de acuerdo– se decide por el caudillismo: el término “populista” parece responder a la necesidad, implícita también, de diferenciar el velasquismo de los caudillismos ecuatorianos anteriores. Sin embargo, el problema queda planteado. Antes de discutirlo, veamos cómo analiza Cueva, bajo el subtítulo de “Ruralidad y Caudillismo”, las raíces del fenómeno:

“Provenientes del campo o de la aldea, donde las instituciones y funciones tienden a encarnarse en los hombres concretos que las ejercen, mal cabría esperar que nuestros ‘marginados’ se agruparan de inmediato en un partido y en torno a principios ideológicos, antes que alrededor de un caudillo con *carisma*. Al contrario, era normal que trasladaran a la urbe sus modelos de comportamiento socio-político (en este sentido, la urbanización del Ecuador ha implicado también un proceso

8. Agustín Cueva, “Problemas y Perspectivas de la Teoría de la Dependencia”, Rev. Difusión Económica N° 3, Universidad de Guayaquil.

de ruralización), y que tales modelos se conservasen en el nuevo contexto con tanta mayor fuerza cuanto menos eran las posibilidades objetivas de desarrollo doctrinario y organizativo”.⁹

Lo más importante aquí es que se parte de la base subproletaria y se plantea al caudillismo como una forma tradicional de agrupación y dominación por oposición a los partidos doctrinarios. La diferencia con los caudillismos anteriores radica en el nuevo escenario urbano en el que se produce, mitificada, la relación concreta con el patrón, el cura y la autoridad civil en el campo. El factor dominante sería la ideología “rural” de los “marginados”, ideología que se conserva en la ciudad.

Sin embargo, no conocemos en Ecuador algún estudio *objetivo* sobre la ideología del semi-proletario y de la pequeña burguesía tradicional (tenderos, artesanos campesinos, etc.) en su relación específica con los movimientos caudillistas, razón por la cual consideramos sus apreciaciones como hipótesis para futuras investigaciones que deben superar la orientación de ciertos trabajos *sobre el populismo* centrados en los efectos superestructurales y en la contradicción urbano-rural.¹⁰

¿Qué significa el velasquismo?

No hace falta citar a Marx para decir tranquilamente que la trampa está en la pregunta, no en la respuesta. Cuando alguien se pregunta sobre la existencia de Dios es porque todavía no ha dejado de creer en él. Para un materialista congénito —especie posible a pesar de San Ansel-

9. “El Proceso de Dominación Política en Ecuador”, p. 102.

10. El libro de G. Ionescu y E. Gellner (compiladores), “Populismo: sus significados y características nacionales”, Amorrortu editores, B. A., 1969, reúne ensayos de ese tipo, en particular, “América Latina”, de Alistair Hennessy. Las investigaciones de la Junta Nacional de Planificación sobre el estrato popular de Guayaquil y de Machala-Puerto Bolívar proporcionaba elementos aislados que refuerzan la hipótesis, pero que no la comprueban objetivamente: los criterios de estratificación y las deducciones caen en el subjetivismo.

En el estudio de Machal, por ejemplo se unifica en un “grupo ocupacional” a “todos los entrevistados que se dedican a la manufactura o a la artesanía sea en calidad de patronos o de operarios” (p. 121). Y se deduce superficialmente una concepción de la autoridad que daría pie a “prácticas eminentemente populistas” y que sería una “constatación empírica” que coincide con la “concepción mágico-religiosa” del reductor planteada por Agustín Cueva (p. 141). “El Estrato Popular Urbano: Machala-Puerto Bolívar”, JUNAPLA, Quito, 1976.

mo— la cuestión no tendría sentido. Pero respecto a la política del Ecuador —país donde el hombre nuevo es toda una esperanza— muchas preguntas “superadas” teóricamente, son en la práctica, a más de permisibles, indispensables.

Por ello no estamos de acuerdo con Alejandro Moreano cuando — en una corta nota marginal— insinúa el fin de la discusión sobre la oligarquía y el populismo. La nota dice así:

“No cabe detenerse en los análisis de Furtado, Ianni, Kaplan, Cardozo y Faletto. En efecto, los estudios de Furtado parten de un núcleo básico: las determinaciones del mercado. Los otros realizan la traducción política de esos estudios. La categoría matriz de esas traducciones es el proceso de creciente ‘racionalización’ del Estado: la esencia originaria que se va realizando en sucesivas frases: oligarquía, de transición, signada por la incorporación de las capas medias, ‘populistas’, en la cual las masas ingresan a la vida política.”¹¹

Tampoco caben aquí las citas tendenciosas, razón por la cual aclaramos el contexto: Moreano está realizando un riguroso análisis de la teoría de la dependencia y no considera necesario analizar la “vertiente de derecha” ya que actualmente no tiene importancia para el desarrollo de la teoría revolucionaria. En general, su crítica a la ideología del desarrollo nacional es válida, aunque algunas proyecciones deben ser discutidas, en especial las que sitúan al Partido Comunista como el “sujeto histórico” y como la “única fuerza mundial de la izquierda” en el futuro.

Respecto a la cita, estamos de acuerdo con su *primer* sentido: no se puede entender a la oligarquía y al populismo como simples efectos de la circulación de mercancías, aunque pensamos que Cardozo, por ejemplo, supera ese mecanismo. El problema surge de un segundo nivel, del rechazo implícito a la utilización de esas categorías. Quizá por esa razón y ante la ausencia de categorías marxistas específicas a esas formas de dominación, Moreano evita definir —en un ensayo anterior—¹² el tipo de Estado que entra en crisis en los años veinte y pasa por alto el velasquismo.

11. A. Moreno, “Latinoamérica: el desarrollo del capitalismo y el pensamiento de la izquierda”. En la Revista “Política y Sociedad”, ed. Solitierra, Quito, 1976. Si se refiere a Octavio Ianni creemos que la agrupación es un poco arbitraria.

12. A. Moreano, “Capitalismo y Lucha de Clases en la Primera Mitad del Siglo XX”, en “Ecuador: pasado y presente”, Instituto de Investigaciones Económicas, Quito, 1975.

En realidad, estamos frente a una limitación común a la primera fase de la investigación marxista en Ecuador: en el intento, científico por lo demás, de ir más allá de los análisis superestructurales, hacia la contradicción fuerzas productivas-relaciones de producción, el investigador se queda huérfano de lenguaje y de material empírico. Esa orfandad unilateral le lleva a profundizar en las fuentes, verbo y gracia: “El Capital”, para reinterpretar los fenómenos políticos a partir de las leyes científicas del capitalismo. El método es correcto, largo y tedioso, pero implica la crítica y la abstracción teórica a un nivel tan “elevado” que dificulta temporalmente la comprensión y la aplicación práctica del marxismo. Se crea así un exceso de estudios concretos y coyunturales. Mientras tanto, la lucha práctica de las clases continúa por sus “canales normales”, dominada por la ideología burguesa y por el reformismo. Esta situación nos obliga a seguir un camino práctico, que no es sinónimo de “empírico”.

Las categorías de “oligarquía, caudillismo y populismo” (lo mismo puede decirse de “fascismo”) obviamente no pertenecen a la teoría clásica de Marx pero se refieren a procesos políticos que deben ser explicados. Para nosotros, el error de los autores nombrados podría radicar en el capital comercial, pero no en la aplicación de categorías que se encuentran, inclusive, en Lenin¹³ y en el discurso político de la clase obrera ecuatoriana. La última huelga nacional fue definida como antioligárquica y ello no es, de ninguna manera, una simple intromisión del reformismo. Si recordamos que “oligarquía” en Ecuador designa la forma de dominación tradicional de la *burguesía* exportadora, importadora y financiera, es decir, de fracciones *capitalistas*, se podría hablar también de intromisión de la ideología proletaria, es decir, anticapitalista.

En definitiva, para responder al significado histórico o al contenido de clase del caudillismo velasquista en sus relaciones con la base económica —respecto a la cual existe escaso material empírico disponible— encontramos útil, luego de las críticas anteriores, comparar el velasquismo con algunas características del modelo oligárquico y del proyecto populista, comparación que ayuda a situar la especificidad del desa-

13. En “El Imperialismo, fase superior del capitalismo”, Lenin no tiene reparo en utilizar la categoría de “oligarquía financiera”.

rollo del capitalismo en Ecuador en esa etapa. El principal objetivo es descubrir las clases que se expresan en dichos movimientos. Al respecto, Manuel Castells anota que el tema de las clases sociales es el centro del análisis sociológico “en la medida en que trata a la vez la forma histórica en que se expresa la estructura de relaciones sociales subyacentes en toda sociedad y los procesos de cambio de dicha estructura”.¹⁴ Con esa orientación intentaremos descubrir el proceso de cambio que se expresa en el velasquismo.

La dominación oligárquica

El término *populismo* se volvió tan ambiguo que permitió a ciertos autores *democráticos* incluir bajo ese membrete a movimientos que van desde el fascismo hasta el socialismo, pasando por el castrismo y el peronismo; tendenciosa clasificación realizada, al estilo de Mr. Blanksten, por oposición al modelo ideal la democracia occidental y eterna. Aunque esa ambigüedad se basa en una serie mundial de movimientos que aparecen desde el siglo XIX y que no calzan en los modelos clásicos, la inclusión de las revoluciones proletarias entre los populismos no responde a ese hecho, sino a la necesidad de la burguesía de distorsionar el contenido de la lucha de clases. Por ello, el terreno es movedizo y la bibliografía sobre el tema amplia y contradictoria en extremo. El mismo Lenin sufrió en su adolescencia la influencia del populismo ruso e inició su lucha política combatiendo justamente a esa ideología. Pero no vamos aquí a profundizar en el tema: simplemente nos interesan algunas características de la oligarquía y del populismo latinoamericanos. Para evitar el eclecticismo nos concentraremos en el trabajo de Ianni y en algunas opiniones de Aníbal Quijano.¹⁵

En primer término y a nivel político, los dos autores plantean al populismo como resultado de la crisis de dominación oligárquica. Crisis determinada—según Quijano— por el cambio de modalidad de la dominación imperialista y por el cambio de la estructura interna de nuestras

14. En “Las Clases Sociales en América Latina”, Seminario realizado por la U. de México, en Mérida, 1971, ed. Siglo XXI, 1975, p. 159.

15. Octavio Ianni. “La Formación del Estado Populista en América Latina”, ed. Era, México, 1975. Aníbal Quijano, “Crisis de Hegemonía Política en América Latina”, Rev. Economía N° 58, Instituto de Investigaciones Económicas, Quito, 1973.

sociedades: la burguesía imperialista empieza a operar *directamente* al interior de la economía, acelerando el proceso de diversificación productiva y social.

Para entender el cambio es necesario caracterizar el modelo oligárquico que entra en crisis, teniendo presente que se trata de un modelo general para América Latina. En el capítulo sobre el Estado oligárquico –del libro citado– Ianni anota que este “debe entenderse como una forma particular del Estado capitalista, en el que se combinan elementos patrimoniales con las exigencias de ‘racionalidad’ capitalista ...Allí se combinan la plusvalía absoluta, generada por la extensión de la jornada de trabajo, y la plusvalía relativa, generada en condiciones tecnológicas que intensifican la productividad de la fuerza de trabajo”. Primero: a pesar de la existencia de relaciones pre-capitalistas, se trata –según Ianni– de un Estado capitalista.

El Estado oligárquico se organiza y se impone luego del período anárquico que se origina a partir de la “independencia política nacional”. “Esa nueva estructura de poder corresponde a una combinación de oligarquías, o a una hegemonía de una oligarquía sobre las otras”. Y esas oligarquías corresponden a “organizaciones, técnicas y estilos de liderazgo político característicos de una época en que los partidos políticos no eran sino organizaciones formales”. Entre esas estructuras de poder y estilos de liderazgo, Ianni, anota el caciquismo, el gamonalismo, el coronelismo brasileño y el *caudillismo*, que eran las manifestaciones de las oligarquías locales y regionales. Segundo: el caudillismo es considerado como una forma de dominación oligárquica en la que el aspecto regional juega un papel importante.

Ahora bien, con relación al Estado se puede diferenciar en Ecuador tres fases del caudillismo:

- El período anárquico que culmina hacia 1860, caracterizado por el enfrentamiento del floreanismo con el urbinismo, representantes de la aristocracia terrateniente y de la burguesía comercial guayaquileña, respectivamente.
- La lucha por la hegemonía en un Estado oligárquico ya consolidado, expresada en el garcianismo, el alfarismo y el placismo.
- La primera crisis del Estado oligárquico y el surgimiento del *caudillismo* velasquista.

Esta ruptura *específica* del proceso ecuatoriano no es considerada por Ianni, quien centra su análisis del populismo en los casos de Argentina, Brasil y Méjico y, a nuestro entender, contradice su propio modelo al incluir superficialmente el velasquismo entre los proyectos populistas. Ese desliz puede deberse a la escasez de bibliografía disponibles sobre otros países, que el autor reconoce en el primer capítulo.¹⁶ Pero ello no invalida de ninguna manera su esquema general; al contrario, demuestra la necesidad de profundizar en lo específico del velasquismo.

A continuación, refiriéndose a las clases que dominan en forma oligárquica, Ianni dice que “el poder político es controlado, o ampliamente monopolizado, por las burguesías ligadas a la agricultura, a la ganadería o a la minería. Naturalmente las burguesías financiera e importadora también se encuentran dentro del sistema político-económico del poder”. Tercero: se trata de fracciones burguesas. Fracciones que en Ecuador dominaron hegemónicamente desde 1895 y que fueron identificadas justamente como “oligarquía” (“guayaquileña”, “agro-exportadora” o “bancocracia” en una etapa). Y sectores de la cual financiaron *siempre* las campañas de Velasco y dirigieron *casi siempre* su política económica. (Luego veremos sus pactos y contradicciones con los terratenientes serranos).

Sin embargo, los gobiernos de Velasco se dan al interior de un Estado oligárquico en crisis *relativa* y ese es uno de los factores que los torna tan específicos. No obstante, el velasquismo comparte las características generales del caudillismo oligárquico, tales como el autoritarismo y el personalismo, la integración con el caciquismo municipal, la combinación de constituciones de inspiración liberal con las prácticas y los valores de tipo patrimonial polarizados en torno al caudillo, las decisiones económicas en conformidad con las relaciones con el imperialismo, las caídas por medio de revoluciones palaciegas, golpes de Estado, cuarte-lazos, etc., y el carácter formal de los partidos.

16. Ianni cita solamente los trabajos de A. Cueva y de G. Blanksten.

La imposibilidad de un populismo velasquista

En la parte final de este libro veremos las fracciones de la clase dominante que se expresan en el caudillismo de Velasco, estudio que permite confirmar su contenido oligárquico. Por ahora y adelantándonos un poco a esa historia, es importante aclarar en qué consiste el populismo y por qué, en términos generales, el velasquismo no puede ser considerado dentro de esa forma de dominación política.

Ya dijimos que el tema es ambiguo; debemos agregar que la etimología misma de la palabra aumenta la confusión ya que se origina en “pueblo”, un concepto típicamente liberal que oculta la división de la sociedad en clases sociales. Por eso es que no basta simplemente con entender por populismo la manipulación de dicho pueblo con fines ajenos a sus intereses; un criterio tan amplio no permite diferenciarlo del liberalismo o del fascismo, por ejemplo. Al contrario, se trata de descubrir los grupos sociales que participan en ese movimiento y de distinguir las características del proyecto que impulsan.

Aníbal Quijano anota que: “los regímenes populistas han sido en *todos* los casos precarias alianzas entre núcleos de burguesía industrial urbana *no oligárquica* y sectores sociales medios, con el respaldo de núcleos *importantes de proletariado* urbano industrial”.¹⁷ Es justamente la presencia de esas clases en el pacto la que va a definir el contenido desarrollista y nacionalista del proyecto y el nuevo papel que se le adjudicará al Estado.

Los movimientos populistas típicos estaban condicionados por la crisis del capitalismo de los años 30-40 y eran causa y efecto de la ruptura de la dominación oligárquica. Aunque en ningún momento de la historia latinoamericana la burguesía nacional dejó de ser una clase subalterna del capitalismo internacional e, inclusive, del sector exportador, en esa coyuntura en que la dominación imperialista estaba debilitada parcial y temporalmente, esa fracción pudo impulsar un proyecto de desarrollo que se basaba en la sustitución de importaciones, en el incre-

17. Op. cit., p. 16, el subrayado es nuestro. El aspecto de “desarrollo nacional” que viene a continuación se basa en el análisis de Ianni; aunque la interpretación difiere en parte.

mento de la intervención del Estado en la economía, en la protección arancelaria, en la transferencia de excedentes a los sectores secundario y terciario, en la redistribución de ingresos, en la regulación de las relaciones capital-trabajo, en la ampliación del mercado interno, etc. Ese plan expresaba, además, el interés de la pequeño-burguesía de aumentar su participación en el ingreso y en el poder, y el interés del proletariado de mejorar sus condiciones de vida y de trabajo.

A *grosso modo*, su carácter desarrollista estuvo definido por la posibilidad real de presentar una estrategia alterna a la crisis de la articulación de la oligarquía exportadora-importadora con el mercado internacional: la fracción moderna de la burguesía y sus aliados aceleraron la lucha “antifeudal y antioligárquica” y la modernización del Estado; es decir, impulsaron el desarrollo del capitalismo industrial “hacia adentro”. Pero el carácter nacionalista de la burguesía fue limitado, entre otros factores, por la base misma de la industrialización que seguía dependiendo de las divisas de la exportación para la importación de insumos.

Sin embargo, *en ese período de transición* el proyecto populista entraba en contradicción con el capital imperialista tradicional que acumulaba más al “exterior” de las economías nacionales, factor que permitió plantear la lucha antimperialista en términos de Sociedad Nacional vs. Imperio hasta cuando el capital extranjero consolidó sus inversiones directas en la industria, desnacionalizándola y adjudicando el papel de socio menor a las burguesías criollas. En síntesis, a esa etapa corresponde la famosa contradicción reformista entre el sector progresista (semi-feudal, oligárquico e imperialista) y el sector progresista (burguesía industrial nacional, pequeña burguesía, trabajadores, Estado nacional), contradicción que era amortiguada por las múltiples interrelaciones de esos grupos, pero que, por otra parte, expresaba el surgimiento del movimiento popular y el avance del capitalismo industrial en momentos de ruptura del viejo modelo de dependencia.

Hoy, a un ecuatoriano que pase por alto “el nuevo carácter de la dependencia” y que considere el proyecto en términos generales, la descripción anterior le trae más bien la rozagante y parlante imagen de Rodríguez Lara o los brillantes planes de desarrollo de la Junta o los editoriales de “El Pueblo”, pero nunca la imagen del Profeta. Por ello,

estamos de acuerdo con Fernando Velasco cuando dice que: “a diferencia de los líderes populistas que aparecen contemporáneamente a Velasco, este no significa la irrupción de nuevas fuerzas económicas que buscan a través del líder la alianza con las masas a fin de doblegar a los sectores exportadores y posibilitar el desarrollo industrial”.¹⁸

Aunque es necesario aclarar que, a nivel económico, a la burguesía industrial no le interesaba atacar a fondo a la burguesía oligárquica exportadora, ni le era posible doblegar las ambiguas relaciones del peronismo con los cabañeros y agricultores, y del varguismo con los cafeteros responden a las vinculaciones de estos grupos con la industria. En realidad, como puede observarse actualmente en Ecuador, los enemigos irreconciliables de la sustitución de importaciones son justamente los grupos importadores, financieros y representantes de casas extranjeras, que monopolizan el comercio y el crédito comercial.

En definitiva, el hecho objetivo que impidió que el velasquismo se convierta en una especie de populismo fue la ausencia de un firme proceso de industrialización y, obviamente, de una burguesía industrial no oligárquica y de núcleos importantes de proletariado urbano hasta fines de la década pasada. Respecto a la inestable alianza que mencionaba Quijano, podría pensarse que la insurrección popular del 28 de mayo de 1944 refutaría nuestra afirmación. Pero no hay tal: en ADE (Alianza Democrática Ecuatoriana) participaron los grupos oligárquicos conservadores, quienes manipularon desde el principio al movimiento de izquierda compuesto en su gran mayoría por artesanos y empleados públicos y dirigido por la pequeño burguesía “recién llegada”. Y en el quinto velasquismo, la naciente burguesía industrial compartió el poder, no con el proletariado y los sectores medios – que estaban en la oposición – sino más bien con el capital extranjero y la burguesía oligárquica.

El último ensayo trata con más detalle cómo el velasquismo no expresó una alternativa de desarrollo capitalista sino que, al contrario, su proyecto histórico consistió en detener la decadencia de la dominación oligárquica presionada por el surgimiento del semi-proletariado urba-

18. Fernando Velasco. “Para una Historia de la Dependencia”, Rev. “Pro Contra”, N° 2, Quito, 1972, p. 18.

no y de las capas medias y por la crisis del mercado externo. En esta parte nos interesa adelantar algo sobre la supuesta contradicción entre lo tradicional y lo moderno en el Ecuador actual.

En primer lugar, el hecho de que las soluciones populista o reformista no se hayan realizado en el país no implica que *tengan* que realizarse: la historia de una sociedad no es similar al viaje de un bus de pasajeros que deba detenerse en todas las fondas de un trayecto prefijado. En diferentes momentos históricos las condiciones cambian y las contradicciones se resuelven de distinta forma: en abril de 1917 Lenin echó por la borda la teoría de la conciliación con la democracia burguesa y planteó la revolución socialista ante el asombro de algunos dirigentes bolcheviques para quienes no estaban dadas las condiciones objetivas.

En segundo lugar, la oposición entre los grupos reaccionarios y los grupos progresistas de la clase dominante, tal como ha sido planteada por el reformismo ecuatoriano, es falsa.¹⁹ A partir de los años 50 el imperialismo participa directamente en las ramas más modernas de la industria, asociado con la burguesía “nacional” e inclusive con el Estado, y la propia burguesía oligárquica tiene intereses en ambos polos de la supuesta contradicción. Esa es una de las principales razones por las cuales fracasó el Plan de Rodríguez Lara. Pero lo más peligroso es que partidos burgueses como la Democracia Cristiana y la Izquierda Democrática (o ciertos partidos de izquierda que sitúan al proyecto fascista en el sector “tradicional” cuando es en realidad el proyecto más “moderno” de la burguesía) manipulan ese falso dilema para obtener el apoyo de la clase obrera al capitalismo “progresista” (o al desarrollo de las fuerzas productivas, que inexorablemente nos conducirá, de la mano, al paraíso).

En otras palabras, el reformismo pequeño-burgués le exige al proletariado que ayude a la burguesía industrial a implantar su dominación, mientras esta fracción, dependiente del capital extranjero, elabora ya los mecanismos políticos más avanzados para reprimir al movimiento obrero y resolver la crisis de acumulación a nivel latinoamericana-

19. Las contradicciones de clase se definen a partir de las relaciones de producción de una sociedad determinada, y no de la aplicación mecánica de líneas políticas superadas históricamente por el propio desarrollo capitalista.

no y mundial. (Paradoja: el triste tendero sueña con arribar al mundo burgués donde sólo lo espera la gigantesca bota de las multinacionales). En el caso de la social-democracia, ello responde a un proyecto de clase, pero en la izquierda sólo puede explicarse por el oportunismo o por la ingenuidad sin límites de atribuir características revolucionarias a la burguesía, *a estas alturas del partido*.

Para terminar anotemos que, a pesar de sus locas ilusiones, la pequeño-burguesía también está determinada por el proceso productivo y generalmente va a la cola de las clases fundamentales. (No es casual que la veamos al final de esta exposición). Sin embargo, en determinados períodos de crisis *aparece* como vanguardia del proceso de cambio: por ejemplo, en la primera fase de la decadencia de la oligarquía. Al respecto, es reveladora su “lucha por la democracia”, teniéndose presente el origen pequeño burgués de Velasco y su constante prédica a favor de “la libertad y la justicia”, pero nunca en pro de –Dios no quiera– la igualdad.

Ianni anota que el efecto más notorio de la lucha iniciada en el siglo XIX para sustituir la “barbarie” por la “civilización” fue el profundo compromiso de las clases medias con esas consignas. Se trataba de suplantarse el Estado oligárquico por el Estado liberal donde las clases “recién llegadas” –políticos, profesionales liberales, burócratas civiles y militares, profesores, periodistas– harían valer sus derechos y asumirían papeles políticos reales aunque subalternos. Eso ocurrió en el yri-goyenismo y en el tenentismo, movimientos argentino y brasileño anteriores al populismo. Pero las clases medias no pudieron destruir el sistema oligárquico: el Estado democrático se realizó sólo en forma precaria y transitoria.

En el caso ecuatoriano el fenómeno fue mucho más contradictorio y se produjo la primera vez entremezclado con gobiernos velasquistas, dictaduras civiles y militares e inclusive con un gobierno oligárquico como el de Arroyo del Río, en el corto lapso de veinte años. En general, esos grupos recién llegados asumieron una ideología socialista preñada de liberalismo y a fuerza de tropiezos y garrotazos terminaron por comprender que Velasco era un representante de la envidiada oligarquía, hábilmente camuflado con las consignas democráticas del momento.

Sus famosas plumas rojas del cuarenta y cuatro no iban más allá del tímido rubor de una izquierda liberal y encubrían el azul eterno de su corazón.